

Los cristianos apegados á la religión oficial vituperan los principios del 89 como un fruto del paganismo, como una inspiración de Satanás, y no advierten que son ellos los verdaderos paganos: ¿no proceden, en efecto, del paganismo la opresión del despotismo, las tinieblas de la ignorancia, la corrupción y las miserias que en la Edad Media han reinado? Y, sin embargo, los ortodoxos por excelencia celebran la Edad Media como el reinado de Dios en la tierra; y el clero despojado de los bienes, de los privilegios, de los honores que antes poseía, quiere hacer retroceder á la humanidad hacia aquel pasado en que él dominaba al mundo, y persigue con encarnizamiento los principios del 89, sin sospechar que estos principios son la realización del Evangelio, y que haciendo una guerra á muerte á la Revolución persigue al Cristo en su advenimiento social. ¿Hay que extrañar que los hombres del 89, que los partidarios de la renovación social traten al cristianismo como enemigo, y que, en odio á las pretensiones teocráticas de la Iglesia, lleguen hasta rechazar toda religión, prefiriendo el materialismo al cristianismo tradicional?

Hay ceguedad de ambos lados. Querer que el cristianismo religioso sofoque el cristianismo social, ó que el cristianismo social prescindiera del cristianismo religioso, es querer que el principio devore la consecuencia ó que la consecuencia subsista sin el principio. Tiempo es de poner fin á este error. Porque el cristianismo religioso haya reinado solo durante siglos, guardémonos de creer que constituya el cristianismo entero; guardémonos sobre todo de creer que el verdadero cristianismo sea hostil á la libertad y á la civilización moderna. No, la libertad, y especialmente la libertad de conciencia, no es un delirio; al contrario, es la intolerancia teocrática de la Iglesia lo que es un resto de la política judaica; no, la ley civil, aunque tolerante y liberal, no es atea; excluye al sacerdote y no á Dios; y lo excluye, no de la Iglesia, sino del Estado. Esta fatal oposición tendrá un fin, y el resultado de la lucha no puede ser dudoso: el clero se convertirá al cristianismo social, y los partidarios de la Revolución se convertirán al cristianismo religioso. Entonces se cumplirán los oráculos sagrados, y aparecerá el cristianismo en su grandeza universal, abrazando lo pasado, lo presente y lo porvenir, llenando la tierra y el cielo, rescatando los cuerpos y las almas, y trayendo al

género humano la ventura temporal con la prenda de una felicidad eterna (1).

## III

Ya hemos apreciado en otra parte las ilusiones que se forjan los reformadores católicos respecto de su cristianismo social (2). Un filósofo francés dice que el catolicismo de Bordas-Demoulin no es más que una bella novela, y Vacheret tiene razón. Es evidente que no tiene nada de común el catolicismo real con ese catolicismo que podemos llamar ideal ó imaginario. Si hay un principio cierto en el catolicismo, es el de que se funda en la idea de una Iglesia infalible, lo cual significa que tiene por base la autoridad más absoluta que se puede concebir, la autoridad de Dios mismo, porque la Iglesia es Dios. Y repárese bien que en este punto capital no ha habido jamás divergencias de opinión en el mundo católico: los galicanos están de acuerdo con los ultramontanos, los liberales con los jesuitas. Hay más: no es una ley disciplinaria que pudiera en rigor admitir modificaciones, es un dogma, y lo que es más grave todavía, es la esencia de la piedad católica: estar en comunión con la Iglesia, participar de sus gracias, obedecer á sus preceptos, reposar en ella durante la vida, en la muerte y fiar la eternidad á su seguro y á sus sacramentos, esa es la opinión y el consuelo del verdadero católico. Suprimid el principio de autoridad absoluta, divina, y no habrá ya catolicismo. ¿Habrá que preguntar, pues, si la Iglesia puede renunciar á un principio que constituye su vida, á un principio sin el cual no tiene ya razón de ser? Sería pedirle que abdicara. Los enemigos del catolicismo han reprochado más de una vez á la Iglesia el atenerse más á su dominación que á su dogma; y si hay verdad en esta acusación, hay también un lado legítimo en la obstinación con que la Iglesia defiende su autoridad: si está bien convencida de que no hay salvación fuera de su seno, debe tratar de extender su imperio sobre todas las almas, debe someterlas á su ley, no por amor del poder, sino por solicitud en la salvación de los hombres (3).

(1) BORDAS-DEMOULIN, *Mélanges philosophiques et religieux*, página 350 y siguientes.—HUET, *de la Mission et de la Destinée du catholicisme (Essais sur la réforme catholique)*, p. 1-16.

(2) Véase el *Estudio sobre la Revolución*, parte primera.

(3) PECAUT, *de l'Avenir du protestantisme en France (Le Disciple de Jésus-Christ)*, 1865, t. II, p. 88, 89.

Si así es—¿y cómo negarlo?—es absolutamente imposible que la Iglesia se reconcilie con el espíritu moderno, con el espíritu que ha engendrado el Renacimiento, la Reforma, la filosofía y la Revolución; porque ese espíritu es la contradicción absoluta del principio católico, es la negación del principio de autoridad, es la afirmación del derecho soberano de la razón humana. Ese derecho se llama en filosofía libre pensamiento; en religión, libertad de conciencia; en política, libertades del 89. La Iglesia debe, por consecuencia, rechazar la libertad filosófica, la libertad religiosa, la libertad civil y política, en una palabra, la libertad en su esencia; y eso es lo que los papas contemporáneos han hecho en sus famosas encíclicas. La lucha contra la Revolución, que Huet deplora, es, pues, fatal; no hay reforma católica que pueda impedirle, á menos que la reforma se convierta en una revolución, es decir, á menos de que el catolicismo se transforme profundamente. En efecto, el espíritu moderno que ha hecho la Revolución es el mismo que produjo el Renacimiento y que inspiró la filosofía del siglo XVIII; y ese espíritu es la negación del cristianismo tradicional. ¿Hay acaso un catolicismo sin revelación, sin sacramentos, sin una Iglesia depositaria é intérprete infalible de la verdad divina? Pues el espíritu moderno dice que la revelación milagrosa es una quimera, cuando no una invención del fraude; el espíritu moderno dice que no hay verdad absoluta para el hombre; el espíritu moderno dice que no hay mediador entre el hombre y Dios, y no reconoce ni sacramentos, ni clero, órgano y dispensador de las gracias celestiales. En definitiva, el espíritu moderno niega todo lo que el catolicismo afirma: el uno procede de la razón natural, el otro de lo sobrenatural. ¡Intentad, pues, conciliar el espíritu moderno y el catolicismo!

## N.º 2. — Alemania.

## I

Alemania es la tierra de la individualidad, como Francia es la tierra de la unidad; y así Francia es católica por su genio, mientras Alemania nació protestante. Una parte de Alemania quedó fiel al catolicismo; pero ¿no estaría, aunque católica, imbuida de los mismos sentimientos, de las mis-

más ideas que engendraron la Reforma? Así se puede resueltamente afirmar, porque la influencia de raza se extiende adonde quiera que la raza domina. En vano se llama universal el catolicismo; no ha llegado á vencer el elemento de raza, ni siquiera el elemento de nacionalidad. Fuera del mundo europeo, no ha hecho conquista importante; á lo menos no corresponden los resultados á la inmensidad de los esfuerzos, y en el seno mismo de Europa perdió, desde la Edad Media, la Grecia y todas las naciones que siguieron el cristianismo griego. La influencia de nacionalidad y de civilización en este primer cisma es incontestable; los mismos escritores católicos lo reconocen (1). En el siglo XVI se separó Alemania de Roma; y si la violencia no hubiera intervenido, la separación habría sido completa. Pero el triunfo de la fuerza no duró á la larga. El sentimiento de independencia individual fué lo que impulsó á los Alemanes al cisma, á la voz del monje que ha sido el órgano más poderoso de la nacionalidad germánica; y ese mismo sentimiento existe en las poblaciones católicas que la guerra volvió á someter al yugo de la Iglesia. Alemania acabará por salirse de la unidad romana.

Y no es esto una vana predicción construida *a priori* sobre las tendencias de la raza alemana: los escritores católicos confiesan que existen en las poblaciones votos, aspiraciones, que tienden á una reforma. Importa consignar el hecho, porque, en apariencia, la reacción ultramontana domina en Alemania, como en Francia y en Bélgica; pero es un movimiento que agita la superficie más que una revolución que se cumple en las ideas; y bajo la aparente reacción continúan las ideas su marcha progresiva, y esas ideas son todas más ó menos hostiles al catolicismo. Un sacerdote que ocupaba una gran posición, así por su ciencia como por su carácter, el canónigo Hirscher, publicó en 1849 un folleto sobre el estado de la Iglesia (2). Una de las señales del tiempo, dice, es el deseo de una reforma; el deseo es ya antiguo, nadie lo ignora. ¿De quién emanan esos votos que por todas partes se producen? Hay, desde luego, creyentes sinceros que se lamentan de los abusos

(1) DOELLINGER, *Kirche und Kirchen*, p. 5.—Véase el *Estudio sobre el Pontificado y el Imperio*.

(2) HIRSCHER, *die Kirchlichen Zustände der Gegenwart*, Tübingen, 1849.

que observan en la Iglesia; y no es que sus vicios quebranten su fe, mas reclaman su corrección para cerrar la boca á los detractores de la religión católica, y también para que la Iglesia cumpla con mayor eficacia su misión divina. Si toleran el mal que denuncian, si aun guardan respetuoso silencio, no hay por ello que engañarse; en el fondo subsiste el disenso, y durará hasta que reciban derecho sus justas exigencias. Hay una segunda clase de fieles que pertenecen todavía á la Iglesia por la práctica de los deberes que imponen; pero que se hallan en la pendiente de la indiferencia y de la incredulidad; despiertan su repugnancia, ya una ú otra superstición, ya las instituciones eclesiásticas que les parecen contrarias á la razón ó á la moralidad; piden que se ponga la religión en armonía con las necesidades del tiempo; y si no se hace así, acabarán por separarse de Roma. Hay, por último, católicos que se han separado ya de la Iglesia, y que aun son hostiles al cristianismo, los cuales, si reclaman reformas, es más bien para arruinar el catolicismo que para salvarlo; se complacen en poner de manifiesto las llagas de la Iglesia; mas sufrirían gran pesadumbre si se las curara.

¿Hay muchos fieles que reclamen reformas? El canónigo alemán responde, traducimos literalmente: "Sí, en verdad; y muchos más de los que se presume. Entre las personas letradas, hay pocas que no pertenezcan á la una ó á la otra clase de católicos más ó menos descontentos que acabamos de señalar; y hasta en las capas inferiores de la sociedad hay un gran número de ellos," (1). ¿Qué confesión y qué revelación sobre el estado real de la mayor parte de los que cuenta la Iglesia entre los fieles! Decimos la mayor parte, y, en efecto, en Alemania está mucho más difundida la cultura literaria que en Francia y en Bélgica, y no hay que hablar de los países en que la ignorancia católica impera plenamente. Mas aun cuando se quisiera restringir el número de letrados á los que han recibido una instrucción superior, no sería por esto menos grave el hecho consignado por el canónigo Hirscher, porque de él resulta que, á medida que la inteligencia se desarrolla entre los católicos, desertan de la fe en la cual han nacido. Pero lo que

(1) HIRSCHER, *die Kirchlichen Zustände der Gegenwart*, páginas 59, 60.

prueba que el mal no está limitado á las clases elevadas es que se apodera de los proletarios, de los obreros, y depende, por consiguiente, menos de la ciencia propiamente dicha que del despertamiento de la razón. En Alemania favorece al racionalismo el contacto de las dos confesiones rivales, contacto que llega á ser intimidación por el gran número de matrimonios mixtos que se contraen. Por esta razón se opone con tanta fuerza la Iglesia á esas uniones, ó trata de convertir las en su provecho (1). ¡Vanas tentativas! La naturaleza es más poderosa que la intolerancia católica. Cuando la razón se halla en conflicto con la superstición, sucede á veces que prevalecen las tinieblas; pero la luz acaba por disipar las nubes que se condensan para sofocarla, porque la luz es indestructible, y ella está llamada á reinar en el mundo y no en las tinieblas.

Continuemos oyendo al canónigo Hirscher. Pregúntase si se debe tener en cuenta los votos que reclaman una reforma y otorgarles satisfacción, y responde que la Iglesia lo repugna. El clero halla naturalmente que todo marcha bien, como en el mejor de los mundos posibles; y no es por mala voluntad, sino más bien por ignorancia: educado lejos de los laicos, y no mezclándose con ellos en la vida social, desconoce sus necesidades y sus deseos. Si se dejara libre curso á las manifestaciones de la opinión pública, veríase cuán unánimes y apremiantes son las reclamaciones de reforma. ¿Es justo, es prudente desconocerlas? Precisa ante todo tener en consideración las que emanan de los que todavía conservan la fe, de los que son todavía miembros de la Iglesia. ¿Qué sucederá si no se les atiende? El peligro de su defección es inminente; bastará un nuevo Lutero para arrastrarlos al cisma; y aun cuando no surja un reformador, no sería menor el mal, porque, separados interiormente de la Iglesia, caerán, ó en un misticismo peligroso, ó en la indiferencia y en la incredulidad. En cuanto á los que son ya infieles ó incrédulos, ¿se los debe desdeñar, se los debe abandonar, como pretenden los devotos? No es esa la opinión del honorable canónigo cuyo sentir exponemos. Esos tibios cristianos tienen un pretexto; hay que quitárselo; su oposición tiene además un fundamento

(1) *Das Reich Gottes und Staat und Kirche*, p. 3-6 (este es uno de los mil folletos que se han publicado en la contienda entre la Iglesia y el Estado en el gran ducado de Baden, y se distingue por una gran moderación).

serio: hay abusos, hay vicios, hay supersticiones; y si se dejan subsistir, á pesar de todas las reclamaciones, ¿no se favorece la causa de los enemigos de la Iglesia y de la religión? Se prevalecerán de los males por todos reconocidos, y á los cuales se niega el oportuno remedio, para atacar todas las instituciones de la Iglesia y para arruinar el cristianismo (1).

Nada en verdad puede decirse más prudente ni más moderado. ¿Qué acogida dispuso la Iglesia á esas modestas reclamaciones? El folleto del canónigo alemán fué puesto en el *Índice* por los *eminentísimos señores* que se ocupan en regentar el espíritu humano en el mundo entero. Y no bastó esto. Un sacerdote de elevada posición había osado, si no reclamar reformas, decir á lo menos que las demandaban una gran parte de los católicos de Alemania, y había tenido la temeridad de decir que, en su opinión, precisaba atender á esas exigencias. Escribiéronse una multitud de refutaciones, todas anónimas, y á cada cual más rencorosa, como para demostrar que la hiel es siempre el elemento esencial del alma de los devotos. No se dejó el canónigo Hirscher intimidar por el *Índice*; estaba en buena compañía con Pascual, y aun con jesuitas tales como el cardenal Belarmino. En cuanto á los libelos que vomitaba contra él la caridad clerical, respondió con la misma moderación que había empleado al exponer los votos de los fieles. Oigámosle (2):

"Creía haber cumplido un deber y haber hecho una buena obra al publicar mi folleto; y al ver las pasiones desencadenadas contra mí, me preguntó: ¿cuál es mi crimen? La incredulidad, la hostilidad contra el cristianismo van creciendo cada día; y espantado ante el progreso del mal, me he puesto á reflexionar sobre los medios de contener la deserción y la apostasia. Las clases superiores se han hecho indiferentes á la Iglesia y á la religión, y en las clases inferiores no existen más que observancias materiales. ¿No habría medio de despertar el sentimiento religioso en los unos y de hacer nacer la vida del alma en los otros? Yo no he dudado jamás que la Iglesia tenga fuerza para vencer la indiferencia y la torpeza que reinan en las po-

(1) HIRSCHER, *die Kirchlichen Zustände der Gegenwart*, páginas 60-61.

(2) HIRSCHER, *Antwort an die Gegner meiner Schrift; die Kirchlichen Zustände der Gegenwart*, Tübinguen, 1850.

blaciones católicas; pero ¿no será para esto necesario que escuche los deseos de todos los que reclaman reformas, sea cualquiera el móvil que les inspire? ¿He pecado al creer que era preciso intentar atraer á la Iglesia á los que están á punto de abandonarla, á los que ya han desertado de ella, y, sobre todo, á los fieles que desean que se corrijan los abusos y se dé satisfacción á necesidades legítimas? ¿Me he equivocado? ¿Que se corrijan mis errores! No se trata, después de todo, sino de la disciplina de la Iglesia; yo jamás he pensado en atacar el dogma. ¿No está ya permitido desear la reforma de los abusos? ¿Tendremos, pues, hoy menos libertad que había en el siglo XV, cuando en toda la cristiandad se pedía que se reformara la Iglesia en su jefe y en sus miembros? Y en el siglo XVI, ¿no hizo el concilio de Trento justicia á ese voto general?...," (1).

"Acaso se me imputará á crimen, continúa el canónigo alemán, el no haberme unido al movimiento ultramontano que domina en el alto clero; pero no lo he hecho, porque creo que *nuestra nación no se plegará jamás al ultramontano*; ¿qué digo? estoy convencido de que la reversión á la Edad Media, lejos de atraer á los tibios y á los indiferentes, alejará de la Iglesia á los mismos que todavía tienen fe; y yo temo la lucha entre un pasado imposible y las tendencias de la humanidad actual, porque *el cisma es su resultado*... ¿No es excitar á los cristianos al abandono del cristianismo condenar y vituperar, como lo hacen los ultramontanos, todas las aspiraciones del tiempo en que vivimos? ¿No es hacer la causa de los enemigos de la Iglesia decir que ésta es incompatible con la libertad, cuando no hay más que un clamor por la libertad en toda Europa?," (2).

No estaba hecha la defensa del canónigo Hirscher para conciliarle el favor de Roma. Rechazar al ultramontano cuando la Iglesia romana cree pendiente su salvación de que toda la cristiandad se haga ultramontana era casi provocar un cisma. Exigiósele una retractación, y el canónigo la hizo en interés de la unidad de la Iglesia. Pero ¿qué importan las retractaciones? ¿Son menos ciertos por eso los hechos que ha consignado el canónigo? ¿Cambiarán siquiera sus convicciones porque, hijo

(1) HIRSCHER, *Antwort*, p. 1, 2, 9.

(2) HIRSCHER, *Antwort*, p. 11-12.

obediente de la Iglesia, firmara una retractación? ¿Puede cambiar un hombre de convicciones en veinticuatro horas, como cambia de traje? Cuando Galileo se retractó de una verdad matemática, ¿dejó de ser verdad la verdad? ¿Y creyó acaso él mismo que girara el sol alrededor de la tierra y que la tierra estuviera inmóvil? La tierra gira á pesar de los *eminentísimos señores* que imperan en Roma, y la humanidad marcha y progresa incesantemente, á despecho de los oscurantistas que ocupan la silla de San Pedro. La predicción del canónigo alemán se realizará. *No se quiere reforma, se tendrá una revolución.*

## II

Los católicos alemanes reclaman una reforma; pero ¿qué quieren reformar? Todos declaran que no piensan tocar al dogma: el poder de la unidad católica es tan grande que retiene en sus lazos á los mismos que quisieran romperlos. ¿Quiere esto decir que si la reforma llegara á ser una realidad, mantendría el dogma ortodoxo? La historia del protestantismo y del *catolicismo alemán* responde á nuestra pregunta: se comienza por atacar las indulgencias ó las reliquias, y se acaba por una revolución religiosa. Así lo quiere la naturaleza de las cosas: los que piden reformas en la disciplina tienen ya sin sospecharlo un pie fuera del catolicismo, y, empeñados en la obra, la lógica les arrastra. Lo propio sucederá con las vagas tendencias que se han producido entre los católicos de Alemania antes de la reacción ultramontana que siguió al huracán del 48.

Hay un punto en el cual convienen todos los reformadores alemanes: la abolición del celibato forzoso de los sacerdotes. Debemos detenernos un instante en esta cuestión que no afecta únicamente á la disciplina; interesa á la moralidad pública, que está en conflicto con la dominación de la Iglesia, y la Iglesia prefiere su dominación á la moralidad. ¡Y, sin embargo, se llama la guardiana de las costumbres! Sólo ella procura la salvación de los hombres, y ¡consiente y quiere que los que deben ser los mediadores entre los pecadores y Dios queden entregados necesariamente á una vida inmoral! No nos elevaremos á los primeros tiempos del cristianismo: la Iglesia griega atestigua que el celibato no es una institución de los tiempos primitivos;

verdadero tipo de inmovilidad, esta Iglesia es hoy lo que ha sido siempre, y ella admite y practica el matrimonio de los sacerdotes. Esto decide la cuestión. No pretendemos sostener que el celibato haya sido introducido en la Iglesia latina por espíritu de dominación: Gregorio VII fué quien lo impuso al clero, y esta gran figura está por cima de las sospechas de un interés vulgar. El espiritualismo evangélico lleva lógicamente á exaltar la virginidad y á rebajar, á despreciar el matrimonio; ahora bien, ¿no deben los sacerdotes, esos elegidos de Dios, vivir la vida perfecta que tiene su tipo en Jesucristo? Si se quiere que la Iglesia ejerza el poder espiritual, el poder que pertenece el alma sobre el cuerpo, preciso es también que practique la vida espiritual; y la virginidad debe desde luego ser su ley. Tal es la razón teológica del celibato. No se puede negar su valor, colocándose en el terreno del espiritualismo cristiano y teniendo en cuenta la noción católica de la Iglesia.

Pero el espiritualismo evangélico es falso, porque no tiene en cuenta las condiciones de la naturaleza humana: una perfección que comienza por violar las leyes de la naturaleza, concluye fatalmente por la más espantosa imperfección. Así ha pasado con la virginidad: debía transformar en ángeles á los ungidos del Señor, é hizo demonios de impureza. Mas dejamos la Edad Media, época de barbarie, y, por tanto, de costumbres brutales. ¿Cuál era la moralidad del clero en vísperas de la Reforma, bajo la influencia del celibato forzoso? Oigamos á un sacerdote del siglo XV: "Lejos de aventajar el celibato, dice Polidoro Virgilio, á un matrimonio honesto, no hay, por lo contrario, institución que haya hecho más daño á la religión, porque ha sido para los sacerdotes una *causa permanente de costumbres disolutas*. Sería ciertamente una ventaja para la sociedad cristiana tanto como para los mismos eclesiásticos el otorgarles el derecho de casarse, pues más valdría sin disputa que cumpliesen con castidad los deberes del matrimonio que contraer una obligación superior á sus fuerzas, y mancharse, como lo hacen, con los más vergonzosos desarreglos," (1).

Los sacerdotes no tenían mujer, pero tenían concubinas; y tal era su inmoralidad, que los más ilustres doctores de la Iglesia consideraban toda-

(1) POLYDOR. VIRGIL., de *Reverum inventione*, v, 5.

vía este concubinato como el menor de los males. Esa era la opinión de Gerson. Sostenían los canonistas que se pecaba con asistir á la misa de un sacerdote concubinario: "No saben, dice Gerson, cuán *general* es ese *desorden*, cuán *profundas raíces* ha echado y qué de *crímenes más enormes* se cometerían *infaliblemente* si se tratara de impedirlo con demasiada severidad. Es, sin duda, un gran escándalo ver entrar un clérigo en casa de su concubina; pero lo sería mucho mayor dejarlo atentar al honor de las doncellas y de las mujeres de su parroquia," (1). Así, pues, no hay medio: es preciso, ó que los sacerdotes tengan concubinas, ó que abusen de las mujeres y de las doncellas cuya salvación deben procurar. ¿Y no valdría más el matrimonio que la violación ó el concubinato? En el concilio de Constanza decía un cardenal que era necesario emancipar á los sacerdotes de una ley imposible; y Gerson tomó la defensa del celibato, confesando que no era más que una ficción, y contentándose con la apariencia, con tal que se evitara el escándalo. ¿Cuál era, pues, el gran interés que hacía á un hombre como Gerson sacrificar los principios de la moral? La mera pregunta es la condenación de la Iglesia, porque no hay interés, por poderoso que sea, que supere á la moral. Oigamos la respuesta de Gerson: "Más vale, dice, que tengamos sacerdotes incontinentes que no tenerlos: entre dos males es preciso elegir el menor," (2). Así, según la opinión de Gerson, el celibato es inseparable del sacerdocio, y hay que mantener el celibato, á pesar de sus abusos, y aun á costa de la corrupción del clero, lo cual es la condenación del celibato y del catolicismo. ¿Se debe, en interés de la Iglesia, imponer á los sacerdotes una ley que engendra necesariamente la inmoralidad? La conciencia moderna responde: no; ¡perezca antes la Iglesia!

El escándalo que Gerson quería evitar á toda costa reinaba en la silla de San Pedro. No hablemos de Alejandro VI, de infame memoria; prescindamos todavía de los Médicis y de su elegante corrupción, para venir á los papas contemporáneos de la reacción católica. Paulo III tenía hijos naturales que se casaron y ofrecieron al santo padre la dicha de ser abuelo. Julio III, el papa del con-

cilio de Trento, tenía concubinas en común con un cardenal, y sufragaban en común los gastos de la educación de los hijos que nacían de esta sociedad de nuevo género, cuyo modelo no se encuentra más que en el Vaticano. El clero romano seguía, como era justo, el ejemplo que le daba el vicario de Dios: todos los vicios, dice un contemporáneo, todos los crímenes le son permitidos; sólo le está prohibido el matrimonio (1). Lo que pasaba en Roma pasaba en toda la cristiandad. Había un gran número de clérigos que se casaban públicamente: eran los más honestos; la mayor parte tenían concubinas: ni uno entre ciento, dice un protestante convertido, observa la ley del celibato (2). Se tenía sacerdotes; pero ¡á qué precio! El honrado Staphylus no era de la opinión de Gerson: afirmaba, como el célebre canceller, que entre dos males se debía elegir el menor; pero no pensaba que el menor consistiera en consentir la inmoralidad en el clero, lo cual era á sus ojos un inmenso peligro que amenazaba la existencia misma de la Iglesia, alimentando contra ella el odio de los fieles.

El concilio de Trento debía oponer remedio á los males que afligían á la cristiandad. Legados del papa recorrieron la Europa para invitar á los príncipes á asistir al concilio general, llamado á restablecer la unidad en la cristiandad, desgarrada por el cisma. En Alemania, dijo el príncipe de Cléveris á Commendon que no había en sus Estados cinco clérigos sin concubina, y que era urgente poner fin á este escándalo, permitiendo el matrimonio á los sacerdotes (3). En Francia, el mismo alto clero pidió la abolición del celibato; y este voto fué expresado en el coloquio de Poissy, al cual asistieron seis cardenales, treinta y seis arzobispos y una multitud de doctores en teología, entre los cuales se contaba Claudio d'Espence, uno de los personajes más eminentes de la Iglesia galicana, que escribió una obra sobre la continencia, en donde expuso, con una gran libertad de espíritu, los vergonzosos abusos que se ocultaban y á veces se ostentaban al abrigo de una ley de pretendida perfección (4).

Reunióse el concilio por tanto tiempo y con tan-

(1) Véanse los testimonios en THEINER, *die Einführung der erzwungenen Ehelosigkeit bei den christlichen Geistlichen und ihre Folgen*, t. II, p. 897 y notas.

(2) STAPHYLUS, en THEINER, t. II, p. 900 y siguientes.

(3) THEINER, *die erzwungene Ehelosigkeit*, t. II, p. 908.

(4) THEINER, *die erzwungene Ehelosigkeit*, t. II, p. 905, 906.

(1) Véanse otros testimonios en el *Estudio sobre la Reforma*.  
(2) GERSON, *Opera*, t. III, p. 917, 922; t. II, p. 617.